

El desarrollo colonial/capitalista en NuestrAmérica.

Eduardo Andrés Sandoval Forero.

Resumen.

Después de la Segunda Guerra Mundial las políticas y las teorías del desarrollo vienen evolucionando, transformando, perfeccionando, mutando y actualizándose. De manera general, definen a un conjunto de países como del “primer mundo” o del “mundo desarrollado” por alcanzar determinados estándares en la generación de producción y de consumo que suelen medirse con el Producto Interno Bruto (PIB) y el Producto Interno Bruto per cápita (PIBP). Otro conjunto de países que no tienen los estándares económicos y de consumo del “primer mundo”, han sido denominados “subdesarrollados”, “países en vías de desarrollo”, “Tercer Mundo”, “países o economías emergentes”. En unos y en otros el modelo económico capitalista ha instrumentado un desarrollo insostenible generando la actual crisis socio-ambiental a nivel mundial, inventando en los últimos cuarenta años políticas públicas y discursos de desarrollo promovidas por organismos internacionales con el supuesto propósito de instrumentar desarrollos sostenibles. En NuestrAmérica el desarrollismo es la concreción de un modelo colonial/capitalista basado en el extractivismo y su consecuente mercantilización de los bienes naturales. Teniendo en cuenta las falacias del desarrollo, el presente artículo analiza desde la perspectiva crítica el paradigma del desarrollo sostenido/sostenible/sustentable a partir del enfoque de la colonialidad del poder que se ejerce sobre los territorios, la naturaleza y las poblaciones. La dimensión teórica del análisis realizado se inscribe en la teoría crítica latinoamericana decolonial que nos permite deconstruir el paradigma dominante del desarrollo.

Palabras Clave: Colonialidad del poder, crisis socio-ambiental, decolonialidad, insustentabilidad, desarrollismo.

Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca, México.

E-mail: forerosandoval@gmail.com

Recibido: 14/10/2019 - Aceptado 05/12/2019

The colonial / capitalist development in OurAmerica.

Abstract

After World War II, development policies and theories have been evolving, transforming, perfecting, mutating and updating, as they generally define a group of countries as “first world” or “developed world” by reaching certain standards in the generation of production and consumption that are usually measured with the Gross Domestic Product (GDP) and the Gross Domestic Product per capita. Another group of countries that do not have the economic and consumption standards of the “first world” have been called “underdeveloped”, “developing countries”, “Third World”, “emerging countries or economies”. In some and in other countries the capitalist economic model has implemented unsustainable development generating the current global socio-environmental crisis, inventing in the last forty years public policies and development discourses fostered by international organizations with the supposed purpose of implementing sustainable developments. In Our America, developmentalism is the concretion of a colonial / capitalist model based on extractivism and its consequent commodification of natural goods. Considering the fallacies of development, this article analyzes from a critical perspective the paradigm of sustainable development based on the approach to the coloniality of power exerted over territories, nature and populations. The theoretical dimension of the analysis carried out is part of the decolonial Latin American critical theory that allows us to deconstruct the dominant development paradigm.

Keywords: Coloniality of power, socioenvironmental crisis, decoloniality, unsustainability, developmentalism

Introducción

En las sociedades capitalistas modernas la investigación se ha caracterizado por asumir un papel en donde la naturaleza y los sujetos sociales son objetos de conocimiento y de estudio, dicha visión representa una forma de “objetivar” la vida en todas las dimensiones y darle una valoración en el marco de la objetividad. La avidez de imponer un tipo de ciencia, técnica y saber al servicio del interés del capital y el consumo, forma parte de la dinámica socio-política proveniente de los distintos países inmersos en dos paradigmas centrales: el desarrollo y el subdesarrollo.

La situación de NuestrAmérica no se constituye en un espacio de excepcionalidad, pero sí bajo particularidades y diferencias sustanciales que retroalimentan el debate de los estudios del desarrollo y cuestiona los paradigmas, métodos y metodologías asociadas a este campo de investigación en las ciencias sociales. Es decir que hay unas ciencias sociales hegemónicas con epistemología occidental que reproducen los discursos y las lógicas del “desarrollo” capitalista en todas sus dimensiones, excluyendo y negando “otros desarrollos”, los no capitalistas,

pugnando por imponer el desarrollo occidental de acuerdo al periodo capitalista en que se encuentre.

Los intelectuales orgánicos de estas ciencias sociales hegemónicas, por una parte son repetidores de discursos oficiales desarrollistas y por otra parte crean y recrean todo un corpus colonial teórico, conceptual y categorial del desarrollo que constituye uno de los dispositivos básicos de la colonialidad del poder y del mantenimiento de la estructura de dominación económica, social y política del Estado, reproduciendo las lógicas del racismo epistémico, de la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza, mediante la imposición de unos conocimientos denominados científicos frente a otros no aprobados por la ciencia y considerados insubordinados y de sentido común.

A partir del año 2000, con los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), también conocidos como Objetivos del Milenio, el concepto de desarrollo, entendido como crecimiento económico, evolucionó incluyendo otros aspectos como justicia social, derechos humanos y protección ambiental, sin embargo, sigue siendo un concepto hegemónico y excluyente de otras alternativas, conocimientos, saberes y modos de vida diferentes a la occidental.

En contrasentido, y teniendo en cuenta que el concepto de “desarrollo” con cualquiera de sus adjetivos no supera la visión economicista y ambientalista, es menester de-construir el desarrollo en sentido integral, de manera que abordemos aspectos objetivos, así como subjetivos y de imaginarios sociales con dimensiones políticas, sociales, ideológicas, culturales, simbólicas y del ejercicio del poder. Es emergente pensar el desarrollo desde otras perspectivas diferentes a las de la modernidad/colonialidad dentro de la cual se crearon y perfeccionaron disciplinas como la antropología, sociología, historia, psicología social, filosofía, ciencia política, geografía, etc. Se trata de buscar otros horizontes que definan desarrollos liberadores del ser humano y de la naturaleza que permitan elaborar políticas sociales de sustentabilidad para la vida, la sociedad, la economía, la naturaleza, la cultura, la familia y el mismo Estado, teniendo en cuenta las articulaciones que debe tener con la globalización, las identidades, la movilización colectiva y el modelo de dominación de poder global y local.

Los debates asociados a los estudios del desarrollo están inscritos en una visión hegemónica en su mayoría, propia de la modernidad como proyecto filosófico – político que manifiesta las formas convencionales y funcionales de hacer ciencia desde los centros, institutos y universidades análogas a la estructura de las epistemologías tradicionales y colonialistas. El trabajo de científicos y catedráticos sistémicos al poder capitalista globalizador y neocolonial ha sido muy importante en su función colonizadora del pensamiento, entre otras ha servido para legitimar desde la tribuna la depredación contra la naturaleza, enmascarada con educación institucional ambiental moderna que promueve y publicita políticas “amigables del medio ambiente”, es decir colonizar, dominar, explotar, saquear y destruir la naturaleza, las poblaciones y las culturas de manera amigable y humanitaria que conducirá inevitablemente al colapso de la naturaleza.

La lógica de asociar el progreso como un factor equivalente a la movilidad y crecimiento económico, ha sido reconocido como una arista que refleja el imaginario moderno del desarrollo percibido como producto del proceso político de las instituciones y de una gran racionalidad instrumental cuyo desarrollo se centra en la mercancía, el mercado y el capital. Los mecanismos utilizados para cuantificar y conocer el índice de desarrollo en el mundo, están basados en el uso de instrumentos que representan la mecanización del capital, dado que se asume el desarrollo como un resultado expresado a través de indicadores y mediciones de carácter internacional a cargo de los organismos internacionales. Dicha perspectiva se ha constituido en un campo de crítica debido a su incapacidad de contextualizar o conocer desde adentro las necesi-

dades reales de los actores, comunidades y sociedades que viven un panorama de desigualdad estructural y sistémica contraria a la política hegemónica desarrollista.

Parte de esta lógica responde a la discusión de la crisis civilizatoria que en esencia es una crisis de praxis (pensamiento y acción), al momento de proponer diferentes esquemas que están más allá de las posturas clásicas y los métodos modernos construidos por instituciones como el Banco Mundial (BM), Fondo Monetario Internacional (FMI), Organización Mundial de Comercio (OMC), Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y otros, que se encargan de promover la producción, re-producción y consumo del capital privado a través de la corporativización de lo público con el objetivo principal de liberalizar el comercio en condiciones globales.

La idea de pensar que el desarrollo está sustentado bajo los parámetros construido por las organizaciones y los Estados alineados al capital privado y la colonización global neoliberal, se constituye en un punto de referencia propio del colonialismo interno, aquí el imperativo moderno/colonial de los gobiernos bajo la carrera por lograr una supremacía económica, política, militar, cultural y social, se convierte en un proceso donde nociones como: el desarrollo, la alta cultura, la hegemonía estatal, la dominación territorial y el imaginario racial, forman parte de las expresiones que configuran un orden en función del capitalismo moderno.

En este sentido, el propósito del presente artículo consiste en realizar una aproximación cuestionadora al desarrollo sustentable desde la perspectiva del pensamiento crítico decolonial latinoamericano, señalando las contradicciones de dicha visión hegemónica, encargada de re-producir los esquemas propios de la colonialidad del saber, del poder, del ser y de la naturaleza en este campo de investigación.

La dimensión colonial/capitalista del desarrollo

Como es de conocimiento público, la institucionalización del “desarrollo” en la instancia gubernamental en tiempos del capitalismo moderno, se presentó con el discurso de Harry Truman en la toma de posesión como presidente de los Estados Unidos en 1949, fundando al mismo tiempo la noción de “subdesarrollo” en un contexto en que esa nación se disponía a recolonizar el mundo con la pretendida consolidación de su hegemonía. Pero la concepción del “desarrollo”, de acuerdo a los críticos como Gilbert Rist (1966), Gustavo Esteva (1998), Aníbal Quijano (2000), Arturo Escobar (1996), se generó paralelamente a las nociones de “modernidad” y “progreso” que aconteció en sociedades europeas en el siglo XVI producto de la conquista y colonización que Europa realizó en otros continentes y que después afianzó con la revolución industrial.

Esta concepción colonialista del desarrollo fue la que permitió que naciones europeas dominaran y explotaran a otros continentes mediante la imposición política del poder colonial, mismo que permitió el saqueo y apropiación de grandes recursos naturales, es decir, el gran crecimiento económico de Europa occidental y su gran desarrollo que culminó en la formación del primer sistema capitalista, fue en buena parte producto de la expansión y dominio colonial violento que Europa realizó sobre los continentes de América, África y Asia, explotando mano de obra de esclavos negros e indígenas, así como del robo de las materias primas a las colonias. Por contextos como el anotado, Aníbal Quijano y Walter Dignolo, pioneros en el concepto de decolonialidad, expresan que sin colonialidad global no pudo haberse dado la modernidad occidental, por lo que “la «modernidad» es una narrativa europea que tiene una cara oculta y más oscura, la colonialidad. En otras palabras, la colonialidad es constitutiva de la modernidad: sin

colonialidad no hay modernidad” (Mignolo, 2001. p.39).

Esta acumulación originaria de capital, explicó Marx, se dio mediante el despojo violento a campesinos de sus medios de subsistencia y lanzados al mercado de trabajo como proletarios. Este proceso de despojo violento de tierras y territorios (tierra, espacio, viento, agua, rocas, flora, fauna, minerales, sociedad, trabajo y cultura) y de desplazamiento de indígenas y campesinos, sigue siendo parte de la acumulación de capital en el actual modelo de desarrollo neoliberal en los países capitalistas periféricos. Este proceso de formación y de desarrollo actual del capitalismo, para nada ha sido idílico, “... el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza” (Marx, 2008. Pág. 697).

En NuestrAmérica la acumulación originaria de capital se presentó a través de la dominación violenta contra los pueblos originarios y del saqueo de las riquezas naturales, principalmente de minerales como el oro y la plata. Esa dominación y saqueo tuvo como fuerza de trabajo, por una parte, a millones de africanos secuestrados y traídos a trabajar como esclavos en las minas de NuestrAmérica y por otra, a los nativos, a los verdaderos dueños de estas tierras que también fueron despojados de sus territorios, esclavizados, maltratados y exterminados en lo que podemos calificar como el etnocidio más sanguinario de la historia la humanidad, con su acompañamiento y debida bendición de la santa iglesia católica. Es decir que la acumulación capitalista se originó en NuestrAmérica durante un largo proceso de violencias, despojo territorial, etnocidio, esclavitud, explotación, saqueo de riquezas naturales, culturales, sociales y económicas.

La violencia se extendió con la aculturación impositiva donde la religión ocupó el primer lugar, no solo por el acompañamiento al genocidio, sino por toda la representación simbólica y opresiva de una religión que en nombre de un dios obligó a los nativos a cambiar aspectos determinantes de sus matrices culturales y religiosas, sometiéndolos a la sumisión y aceptación de la explotación y opresión de los colonizadores. Este es el devenir de la colonización del territorio, del poder, del pensar, del ser, del estar y de la naturaleza en NuestrAmérica, con sus correspondientes condiciones actuales de modernidad capitalista en tiempos de la globalización neocolonial.

En este siglo XXI siguen derramando sangre los campesinos, indígenas y afrodescendientes despojados violentamente de sus tierras, sus territorios, sus comunidades, sus culturas, su historia, sus recursos y la “Madre Naturaleza”, por los megaproyectos extractivistas de potentes afectaciones territoriales y espaciales en nombre del desarrollo y de su porvenir, acrecentándose la discriminación y la violencia estructural sistémica, todo ello en beneficio de las dinámicas del mercado global.

Es un sistema que cada que requiere superar una crisis, renovar un ciclo del capital, mutar su “desarrollo”, se vuelve a imponer “chorreando sangre y lodo”, es por ello que a más de 500 años de despiadado saqueo y devastación de las riquezas de la naturaleza de los países periféricos, el actual desarrollo sostenido/sostenible/sustentable extractivista en países con gobiernos de derecha o “progresistas” continua su largo viaje y sigue siendo un modelo que por su crueldad y codicia se impone a sangre y fuego con toda la funcionalidad del Estado, compañías transnacionales y grupos paramilitares acompañado de un discurso de prosperidad, bienestar, desarrollo y democracia que al arrasar regiones y países, excluye a la mayoría de la humanidad, fabricando pobres, miseria y desigualdad creando poblaciones desechables y extinguidas que se desplazan a otras regiones y países como parte de otras de las grandes tragedias humanas que genera el capitalismo.

En el actual sistema-mundo como lo conceptualiza Wallerstein (1987), el capitalismo se de-

sarrolla, reactiva y consolida a nivel imperial mediante el principal motor de la economía: el complejo industrial-militar y las invasiones y expropiaciones coloniales de recursos naturales a los países periféricos, todo ello realizado bajo el pretexto y la falacia de la lucha contra las dictaduras y en favor de la democracia, los derechos humanos y la paz. El negocio es completo: desarrollo de la industria militar, invasión con destrucción, y el círculo lo cierran las compañías transnacionales con “inversión para el desarrollo” o “desarrollo para la paz” en los países destruidos por la guerra imperial.

Los países imperiales para mantener su desarrollo económico necesitan de las guerras, de incrementar producción y venta de todo tipo de armas a los países empobrecidos, incluso de vender armas a los narcotraficantes, terroristas y delincuencia común organizada. La carrera armamentista sigue su curso y de continuar la tendencia imperial-militarista de desarrollar armas de destrucción masiva y bombas nucleares, es posible que la guerra nuclear destruya el planeta tierra o parte importante de éste. El discurso de la guerra, de la “seguridad nacional”, del racismo y la xenofobia, sirve para la política, para las elecciones, para el respaldo social y para el patriotismo. Estos fueron elementos determinantes en el triunfo electoral de Trump para la presidencia de los Estados Unidos en el año 2016. Discursos que son repetidos por la mediocridad y la irresponsabilidad de los políticos en NuestrAmérica y que de diversas maneras vienen calando en el imaginario colectivo de nuestros pueblos, sin comprender que la sustentabilidad de la vida depende en primera instancia de la concepción y práctica de la no violencia al ser humano, a la sociedad y a la naturaleza.

Regresando a la primarización de la economía extractiva en el siglo XXI, ello ha implicado para NuestrAmérica vastas concesiones y contratos de exploración y explotación del subsuelo en extensos territorios con todas las garantías y ventajas para las compañías transnacionales en detrimento del medio ambiente y la vida sociocultural de las poblaciones que desplazan o que habitan en zonas cercanas. Es un desarrollo que lleva en sus entrañas la descomposición de las relaciones capitalistas acompañadas de todos los tipos de violencia que requiere el sistema para su desarrollo, incluyendo las violencias de las estructuras e instituciones del Estado.

Esta riqueza y desarrollo del primer mundo iniciada con la invasión del territorio Abya Yala se acrecentó en la Colonia, se consolidó en el capitalismo y generó que los países ricos por su abundancia natural, fueran empobrecidos forjándose la producción de la pobreza y la miseria. La ecuación es muy simple: el enriquecimiento y desarrollo del primer mundo, de los países capitalistas centrales, corresponde al “subdesarrollo”, al atraso, al no desarrollo, al “tercer mundo”, a los “países emergentes” históricamente saqueados, explotados y colonizados, aún en tiempos del actual sistema-mundo moderno capitalista neoliberal. La riqueza del desarrollo en los países capitalistas centrales, produce de manera paralela la pobreza y la miseria en los países capitalistas periféricos. Wallerstein (1987) plantea en la teoría del sistema-mundo, que el ritmo del desarrollo capitalista es desigual, hay regiones altamente desarrolladas, otras con desarrollo medio, y otras atrasadas, “subdesarrolladas”, existiendo por lo tanto asimetrías en el sistema, por lo que el Sur forma parte de la economía internacional en condiciones periféricas de desigualdad.

La concepción del “desarrollo” se encuentra relacionada directamente con el concepto de “crecimiento económico”, lo que implica que a mayor crecimiento económico hay más desarrollo. En consecuencia, esta fórmula permite medir o calificar los grados de desarrollo de un país o región. Ahora en el siglo XXI y en tiempos de la globalización, el “desarrollo” y “subdesarrollo” son conceptos del neoliberalismo colonial utilizados para la recolonización y expansión capitalista que requieren los países “altamente desarrollados” para consolidar su hegemonía

de poder político y económico.

La de-construcción del “desarrollo” tiene como principio cuestionar políticas y ciencias sociales hegemónicas de apariencia humanitaria que se repiten y divulgan a partir de conocimientos hegemónicos de los enfoques positivistas convencionales ortodoxos propios de la tradición galileana de los siglos XVI y XVII caracterizados por su reduccionismo mecanicista que no debaten sobre el predominio económico, los intereses políticos, el contexto internacional, las condiciones nacionales y las relaciones de poder en todas estas dimensiones.

Las ciencias sociales occidentalizadas de fuera y dentro de NuestrAmérica, así como la política moderna/colonial, establece que somos del “tercer mundo”, “atrasados”, “subdesarrollados”, “dependientes”, y de manera elegante a partir de 1980 el Banco Mundial nos designa como países o economías “emergentes”, que necesitamos salir de ese atraso siguiendo el modelo de desarrollo de los países denominados del “primer mundo”, “desarrollados”, es decir de los países que históricamente han sido los causantes de nuestro empobrecimiento vía dominación, explotación, saqueo, invasión, intervenciones militares, y los que con su política y práctica capitalista transnacional en los tiempos del neoliberalismo, se enriquecen con la explotación del trabajo humano, el saqueo y destrucción de la naturaleza.

Amerita mencionarse otro concepto hijo del desarrollo, el “co-desarrollo” impulsado en Europa a partir de 1998 por organismos internacionales, países de la Unión Europea, organizaciones de migrantes, universidades, organizaciones no gubernamentales para el desarrollo, académicos y científicos, teniendo como propósito controlar los grandes flujos migratorios a través de co-inversiones para reducir la emigración en su origen y también para promover el retorno de los inmigrantes a sus países de origen. Al igual que el desarrollo sostenido/sostenible/sustentable, el co-desarrollo ha sido un fracaso y las oleadas de migrantes a Europa siguen siendo crecientes, mientras que el retorno ha sido muy escaso. Otra política de desarrollo cooperativo determinada desde el Norte global para atender dificultades de los países del Sur.

Estas políticas, teorías y prácticas eurocéntricas-estadounidenses han sido impuestas en NuestrAmérica por los organismos internacionales en complicidad con los estados-nación y por la academia dominante en nuestros países, contribuyendo con sus reproducciones múltiples a la devastación del territorio, el medioambiente y las poblaciones afectadas por el desarrollo hegemónico que en teoría y práctica se limita a la aplicación mecánica de modelos de desarrollo socioeconómico que pretenden la misma evolución histórica de Europa y Estados Unidos, pero que son en esencia modelos de dominación colonial, expoliadores y destructores de la vida que niegan toda especificidad histórica, social, política y territorial.

Al respecto son bienvenidas las palabras de Amartya Sen (1998, p. 442), al afirmar que:

Existe la necesidad, en cualquier país de ir más allá de las voces de los gobiernos, los mandos militares, los dirigentes empresariales y otros en posiciones de influencia, que tienden a ser escuchados con facilidad a través de las fronteras, para prestar atención a las sociedades civiles y a las gentes más débiles en diferentes países del mundo.

De-construir el desarrollo implica superar la condición de repetir el discurso de imposición colonial de los organismos oficiales internacionales y nacionales del mundo occidentalizado, subvirtiéndolo su matriz euro-céntrica, moderna y occidental, sus visiones, sus teorías, sus falsedades y sus prácticas construyendo e ideando desarrollos otros que sean germen de otros mundos posibles y necesarios como lo proponen y construyen los indígenas zapatistas en México, caminando otros senderos pensados a partir de la historicidad situada de los territorios, su naturaleza, sus espacios, sus tiempos y su población en construcciones colectivas que deter-

minen una integración de beneficio del ser humano con la naturaleza y no solo a unos pocos favorecidos del desarrollo.

Pensar en descolonizar las visiones, teorías, argumentos y prácticas del desarrollo sostenible/sustentable/ capitalista neoliberal, implica preguntarnos: ¿cuáles son los desarrollos que generan sustentabilidad armónica para la vida de la naturaleza y la sociedad?, ¿cuáles desarrollos permiten una sustentabilidad integral de equidad económica, política, social, cultural, ambiental, democrática y de libertad en beneficio de la naturaleza y de la población en general?

Las respuestas a estas preguntas dependen de la perspectiva que tengamos, por lo que en el presente texto asumimos una mirada desde el Sur-global, cuestionadora de los conocimientos “científicos” que utilizan indicadores y mecanicismos instrumentales dedicados a probar hipótesis para estudiar la vida social, cultural, económica, política y ambiental sin cuestionar el tipo de sociedad, las relaciones sociales y de poder, el modelo de desarrollo sostenido/sostenible/sustentable y sus políticas que consolidan la exclusión, la desigualdad, la pobreza, así como la riqueza en unas cuantas compañías trasnacionales.

El desarrollo con cualquiera de sus adjetivos, impulsado por los organismos internacionales y por los gobiernos de la totalidad de los países, es un desarrollo funcional al sistema capitalista que se caracteriza por tener como objetivo, no el bienestar humano, sino la infinita acumulación de capital y para ello elabora discursos y ficciones políticas, epistémicas y pedagógicas de diversos tipos. En la academia el desarrollo hegemónico se cimenta en la imposición de modelos epistémicos y de investigación positivistas dogmática que se fundamenta en la presentación de indicadores y datos numéricos de supuesta verificación y en algunos casos de falsificación de teorías e hipótesis con didácticas descriptivas y acríticas que configuran todo un sistema de reparación, ajuste y acomodación del desarrollo sustentado/sostenible/sustentable, sin transformar la realidad estructural y relacional sobre la que se articula toda la trama del desarrollo capitalista.

El debate y la praxis con las ciencias sociales positivistas y sistémicas al servicio del sistema-mundo moderno/colonial se presenta en el cuestionamiento que se hace del desarrollo capitalista neoliberal con intereses definidos por el poder, la economía, el capital trasnacional y la destrucción de la naturaleza. Este desarrollo ha generado más pobreza y mayor desigualdad social. El soporte de las ciencias positivistas colonizadas, necesarias para la relación intersubjetiva de dominación, patrocina este desarrollo, exaltan la universalidad, la generalización y la homogeneidad de la teoría y los postulados de paradigmas desarrollistas que desconocen desarrollos otros, que emergen de cosmovisiones, saberes, conocimientos teorizaciones y prácticas sociales de sustentabilidad para la vida, no para acrecentar el capital, valorando la localidad, la comunidad, la heterogeneidad, la contradicción, la conciencia, la convivialidad y el sentipensar con la naturaleza.

Rupturas epistémicas con los paradigmas modernos del desarrollo

El desarrollo en la modernidad se expresa en medios de producción y en relaciones sociales capitalistas, donde de manera general las máquinas, las herramientas, y los procesos productivos corresponden a tecnologías avanzadas con relaciones sociales de explotación marcada por apropiación capitalista de lo producido y de la expropiación y despojo de tierras, territorios y minerales diversos. La colonialidad de la naturaleza se manifiesta en la concepción y práctica de su mercantilización a través de procesos de dominación y explotación irracional, reduciéndola a “tierra” y “recursos explotables” que de manera “infinita” sirve para la acumulación

más demencial de capital, desarticulando las relaciones sociales e identitarias de indígenas y campesinos que durante la historia de la humanidad fundamentaron su equilibrio con la naturaleza.

El modelo de concebir el desarrollo como un proceso de cambio, avance o progreso cualitativo y cuantitativo, de acuerdo a los intereses de los Estados y empresarios, tiene que ver con la eficiencia del gran capital, lo que demuestra una mirada positivista en donde la senda económica, institucional y productiva esta interconectada con la demanda del campo social, político, cultural y democrático en un país. Con el transcurrir del tiempo esta forma de asumir el desarrollo ha sido de escaso beneficio para la población en general y muy destructiva de la naturaleza por su dimensión mercantilista de pretender la búsqueda de un bienestar basado en la maximización de los recursos dentro de la sociedad de consumo.

En efecto, el proyecto filosófico – político de la modernidad, situó el desarrollo como un tema de gran interés para las civilizaciones, sociedades y Estados. La necesidad de optar por una serie de iniciativas que impulsaran el progreso económico de los países fue un motor que permitió la emergencia de momentos y clivajes de la historia como la revolución industrial, la modernización estatal y la apertura económica que posteriormente se reestructuraría debido al fenómeno de una sociedad globalizada.

Por ello, los análisis provenientes de la corriente liberal (economía neoclásica) prevalecen en el estudio del desarrollo. Las ideas elaboradas por Adam Smith y Malthus responderían a un panorama articulado a las raíces de la colonialidad del saber, dado que la visión de una sociedad moderna respondía a la dimensión del crecimiento económico, que ha sido por más de dos siglos la visión dominante para este fenómeno de investigación en el espacio de las ciencias sociales.

Situaciones como la urbanización, la industrialización, la migración y la movilidad de lo rural a lo urbano, hacen parte del conjunto de fenómenos que obligaron a plantearse debates sobre el desarrollo, luego destinado a conocer los límites, las rupturas y las contradicciones que existen al interior del sistema capitalista y la sociedad neoliberalizada, lo que constituye una gran disputa entre la racionalidad del agente y el interés de la estructura por el capital privado, la enajenación de las tierras y los bienes comunales siguiendo los lineamientos de un desarrollo neoliberal en todas las dimensiones.

El evidente crecimiento de la industria, los movimientos locales y regionales, simbolizaría en el siglo XVIII, una dinámica propia de los cambios en el territorio y la racionalidad del individuo en función de la búsqueda de la idea del progreso como un valor de la modernidad y las sociedades capitalistas. La discusión proveniente de David Ricardo y Carlos Marx, servirían como un antecedente en donde el capital significaría el principal factor de crecimiento económico en una época basada en la modernización política, cultural e institucional del Estado y la sociedad civil siendo funcionales a los intereses sistémicos de la globalización.

La mentalidad de impulsar la acumulación del capital a gran escala, a través del pillaje o el colonialismo que tuvo como base la violencia directa, es parte del pensamiento que rigió el itinerario de los países europeos frente al sur global (África, Asia, América Latina), dicha práctica política fundamentada en la producción masiva, explotación y la enajenación de la otredad, se manifiesta como una forma de obtener un beneficio sobre la mercancía, la explotación y la plusvalía dentro de un respectivo sistema económico de la circulación e intercambio de la propiedad.

Con relación a la “acumulación del capital”, Marx en su obra clásica de *El Capital*, en la sec-

ción VII del tomo I, explica que la tendencia es la acumulación incesante de capital a través de la plusvalía y el plusvalor o plus trabajo obtenidas de la explotación de los trabajadores en la transformación de las materias primas en mercancías mediante el uso de tecnologías en ese constante ciclo del capital que no deje de “crecer como una bola de nieve al rodar”. Un sistema capitalista que nació con el uso más despiadado de la violencia con la ocupación militar en los países colonizados y que en el actual siglo XXI continúa con el robo, saqueo y los medios más violentos a su alcance en los países ex coloniales con el total apoyo de los aparatos represivos e ideológicos del Estado.

De esta forma, Löwy (2009) menciona que “el capitalismo es una fábrica simultánea de riqueza y de miseria, productor constante de injusticia y desigualdad, en razón de lo cual la polarización de clase es una de sus características intrínsecas. Eso se manifiesta en los más diversos tópicos de la vida social, como sucede con la producción de alimentos. Que el capitalismo produzca hambrientos no es nuevo, puesto que su expansión mundial ha generado, de manera invariable, hambre a vasta escala, como resultado de la destrucción de las economías locales, sometidas a nuevas exigencias para que se “adapten” a los requerimientos del mercado mundial” (p.45).

Luego aparece en la historia de los estudios del desarrollo un segundo momento, el cual tiene que ver con las teorías ortodoxas entre ellas la modernización, aquí el imaginario de constituir sociedades modernas basadas en aspectos como la producción, la educación selectiva y el sustento ficticio de un progreso, son parte del imaginario colonial de pretender buscar mayores beneficios para las clases sociales sometidas al sistema de explotación masiva y selectiva del capital, siendo un simple discurso colonialista coherente con las escuelas de pensamiento procedimental/liberal.

En el caso del inglés Whitman Rostow (1990), la propuesta teórica fue argumentada en las etapas del desarrollo, por lo que no todas las sociedades irrumpen a la vez, siendo de esta manera unas sociedades desarrolladas y otras subdesarrolladas. La propuesta teórica se sustenta en cinco etapas para lograr el estado de una sociedad moderna y un desarrollo económico: 1. La sociedad tradicional; 2. La precondition para el despegue; 3. El proceso de despegue; 4. El camino hacia la madurez, y 5. Una sociedad basada en el consumo masivo (alto). Esta serie de prácticas se articulan a un paradigma basado en los esquemas coloniales y las recetas propias de la modernidad en el marco de la colonialidad del poder (práctica política) y saber (adiestramiento epistémico), que posiciona una corriente hegemónica y/o eurocéntrica de los países desarrollados sobre los subdesarrollados. La colonialidad del poder en el pensamiento de Anibal Quijano, es todo un fenómeno de pensamiento y de prácticas de dominación y explotación que traspasa todos los ámbitos de la vida política y social y adquiere sus particularidades en cada sociedad con diversas lógicas histórico-estructurales hegemónicas, pero no exclusivas, donde se presentan también las resistencias. (Quijano 2007).

Un aspecto que tomó diferencia debido a la compleja realidad y problemas que configuran las venas de los territorios latinoamericanos, tiene que ver con la forma de concebir el desarrollo, donde el fuerte legado colonial producto de la invención de un Estado moderno basado en las constituciones europeas y el establecimiento de las democracias eurocéntricas son un factor determinante de la noción impuesta del progreso para NuestrAmérica.

La realidad social estructural que presenta NuestrAmérica se articula a una mirada de colonialidad del desarrollo, tal como Aníbal Quijano teorizó cuando mencionaba que el patrón de dominación capitalista encargado de determinar qué tipo de sociedades hacían parte de la modernidad (capital, raza y poder), aquí la exclusión radical de los pueblos afro, indígenas y las

mujeres como sujetos políticos hizo parte del proceso de inculcación/dominación de la modernización de las instituciones y el Estado liberal en su máxima expresión.

Parte de esta situación se articula a la debilidad de los regímenes políticos en su mayoría reconocidos como democracias, los cuales en la década de los ochenta se preocuparon por ir más allá del momento coyuntural denominada “la década perdida para el desarrollo en América Latina”, aquí la corrupción abismal, el endeudamiento fiscal y la inoperatividad del sistema reflejaba la degradación de las economías nacionales y la crisis generalizada creada para los distintos grupos sociales que fortalecería el imaginario de obtener la modernización estatal y un gobierno democrático procedimental.

En este orden de ideas, la emergencia de ir estableciendo procesos que contribuyeran a una dominación del centro sobre la periferia, permitió que el pensamiento económico liberal y los organismos internacionales concretaran un sistema basado en sus intereses, por ello, la trayectoria que han tenido los estudios de desarrollo entre ellas: las teorías hegemónicas clásicas del siglo XVIII- XIX que fueron promovidas por el liberalismo (Adam Smith), el materialismo histórico (Marx), la sociología de la economía (Weber), el dilema del alcance (Catch – Up) y la teoría de la modernización han sido intentos fallidos enfocados a superar la desigualdad social, la pobreza, la exclusión, la corrupción y la incapacidad de los regímenes democráticos de garantizar un equilibrio entre el desarrollo y la naturaleza.

Posteriormente, llegarían los debates de la teoría del sistema mundial y la dependencia desde 1945 hasta la década de los 70, reconocida como la “edad de oro del capitalismo”, aquí la dinámica del desarrollo estuvo caracterizado por la discusión de teorías de alcance medio, la ruptura del Estado moderno tardío y el proceso desigual de industrialización del mundo occidentalizado, a su vez, el debate entre las escuelas de pensamiento económico marxista, funcionalista, institucional y liberal estuvo identificado por cuestionar los grupos partidarios de la teoría del subdesarrollo debido a su carácter parroquialista y localista para América Latina y el Caribe.

En ese ámbito de discusiones generadas en NuestrAmérica sobre el desarrollo no lograron deslindarse del velo del colonialismo interno/epistémico, aparece la teoría estructuralista o teoría de la dependencia (Myrdal) y la relaciones Centro – Periferia de Raúl Prebisch, Celso Furtado y Fernando Enrique Cardoso (CEPAL) sólo por mencionar algunos. Son perspectivas críticas latinoamericanas realizadas desde la misma matriz de pensamiento occidentalista. Asimismo, la perspectiva neomarxista de Gunder Frank, la lógica de desconexión de Samir Amin, el intercambio desigual de capitales planteada en el marco del sistema mundo capitalista de Wallerstein. Se empieza a comprender que las causas del “subdesarrollo” de unos países es la causa del “desarrollo” de otros debido a las relaciones de dominación política y de división internacional del trabajo entre el centro dominante y la periferia dominada, análisis realizado desde los mismos conceptos y límites eurocéntricos del pensamiento tradicional occidental.

Al concebir el desarrollo como una obligación del Estado, gran parte de estas corrientes se constituyeron en un esquema de pensamiento vertical/moderno, es decir una lógica estructuralista en donde el gobierno, el capital y las instituciones tendrían que estar en constante sincronización para lograr un ambiente de progreso sistémico al interior de las naciones. Lo que simboliza, un ejercicio procesal y moderno en América Latina, en donde instituciones como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), reflejaron una mirada crítica al inicio, aunque con el paso del tiempo, se llegó a la dimensión de plantear un debate circular en torno a las economías de los países periféricos o del sur siendo cada vez más funcional a los intereses del gran capital y la economía de mercado global.

Dicha mirada sobre el desarrollo pasó a ser reconocida como un discurso ideológico de natu-

raleza colonial, dado que respondía a una estructura moderna entre posicionar una perspectiva del desarrollo en el marco del paradigma centro y periferia, es decir, un diseño de pensamiento propio del estructuralismo – sistémico. El posicionamiento de esta corriente de debates sirvió de argumento para reconocer que tipo de economía política se estaba plasmando y llevando a cabo dentro del gobierno y las instituciones de NuestrAmérica.

Paulatinamente se fue generando una serie de criterios de concebir el desarrollo en los respectivos campos de la sociedad civil y el Estado, apareciendo ámbitos como lo local, endógeno, exógeno, humano, comunitario, sostenible, sustentable, territorial y rural entre otros. Esta serie de calificativos encargados de determinar el tipo de proyectos, programas y políticas públicas que se deberían aplicar para los respectivos grupos sociales, comunidades y territorios en cada país simbolizaría un ejercicio desarrollista basando en los intereses de los organismos internacionales.

Esta serie de caracterizaciones son temas de discusión entre los gobiernos debido a la influencia de los organismos internacionales UNESCO, el BM, el FMI, la FAO y la OMS, que se encargarían de impulsar bajo la lógica sistémica del capital, aquellas estrategias propias de la corriente de un desarrollo corporativo y neoliberal, el cual no logró establecer rupturas sobre los altos niveles de desigualdad social y exclusión que presentan el territorio, Estado y gobierno sumidos en conflictos sociales, regímenes autoritarios y democracias sistémicas al capitalismo.

En este sentido, el desarrollo sostenible para el año 1987 partiría de la discusión abordada en la “Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo”, en donde se mencionó el problema de la crisis ambiental y los límites ecológicos producto del progreso moderno. En dicho espacio se constituyó un documento intitulado “Nuestro futuro común” más conocido como el “informe Brundtland”, el cual partía de reconocer la necesidad de trabajar en función de un “desarrollo sostenible” que con el paso del tiempo sería una falacia del discurso neoliberal dominante.

La visión del desarrollo sostenible fue asociada a las estrategias provenientes del campo de la cooperación internacional y los estudios ambientales, siendo un espacio en donde se propuso intentar afrontar de forma integrada dos desafíos de la sociedad contemporánea: el fenómeno de la pobreza que se vive planetariamente; y los retos en torno a superar los problemas medioambientales. Parte de esta discusión en un principio tomó fuerza para ciertos sectores y gobierno en NuestrAmérica que vieron positivamente la necesidad de combatir dichos problemas estructurales desde lo local para hacer eco en el escenario global.

Con el paso del tiempo dicha forma de concebir el desarrollo fue perdiendo vigencia debido a la incompatibilidad con el modo de producción de los países y los intereses internacionales impuesto por los estados hegemónicos y el sistema capitalista, los cuales promueven un tipo de crecimiento económico basado en la explotación a gran escala, las prácticas extractivistas y la dependencia con las actividades mineras, gasíferas y petroleras entre otras. Lo que refleja, un posicionamiento geopolítico del capital en donde los países ubicados o reconocidos como periféricos serían satélites encargados de mantener el orden global a cargo de los actores, empresas y organizaciones transnacionales incrustadas en los territorios de comunidades indígenas, negras, campesinas y populares.

La enfermedad social del consumismo generada por el capitalismo y la visión crematística de concebir la naturaleza como una propiedad privada que tiene como fin ser explotada, de acuerdo a los intereses del sistema capitalista, forma parte de la dinámica global de la economía hegemónica y el desarrollo estructural que ha sido descrito, lo que refleja una de las contradicciones que los organismos internacionales no pueden dar solución debido al colapso

y la “falta” de “recursos naturales” y espacios para concretar otras formas de garantizar la existencia humana en los territorios, es decir, la profundización de un discurso moderno/colonial. Por tal razón, la idea del progreso en NuestrAmérica vista desde los objetivos del desarrollo sostenible, planteó aspectos como:

1. Buscar la satisfacción de las necesidades humanas básicas (la lucha contra la hambruna, la pérdida de soberanía y evitar el hambre/desnutrición de las sociedades).
2. La generación de un crecimiento económico constante en el paso del tiempo.
3. Avanzar en la calidad del crecimiento económico de las naciones.
4. Atender el desbordamiento demográfico de los países.
5. Promover la apertura de las tecnologías en función del progreso.
6. Conservar racionalmente los recursos naturales.

Parte de estos postulados configurarían la ruta que emprendieron los gobiernos dentro de la estructura del sistema capitalista, buscando lograr un desarrollo que pudiera hacer peso a la crisis civilizatoria/ambiental que presenta la sociedad globalizada, la cual pone en riesgo la existencia de las futuras generaciones y la no garantía del derecho a la vida en condiciones dignas y humanitarias.

La inmersión de los países de América Latina y el Caribe a la globalización desde la década de los 80 del siglo XX, y la continuidad que se generó producto de la aplicación de las recetas económicas promovidas por el Consenso de Washington, conllevó a la creación de un escenario caracterizado por la exponencial desigualdad, la pobreza y las violencias, con contradicciones en el ámbito económico, político, social y cultural que presentan las sociedades, el gobierno y los límites procedimentales de las débiles democracias en la región.

En un primer momento, se consideró que la Declaración del Milenio suscrita en el año 2000 por 189 miembros de las Naciones Unidas, sería un acuerdo que generaría reflexión y un compromiso colectivo por parte de los países encargados de superar las problemáticas que comparten de forma común. Lo que representaba, la apuesta por fortalecer y/o revitalizar la cooperación internacional para ir haciendo contrapeso a fenómenos como la pobreza, el hambre, el consumismo exacerbado, la crisis/deterioro ambiental y la imperativa necesidad de mejorar las condiciones de salud, seguridad, educación, alimentación, trabajo, movilidad entre otros, grandes desafíos que en la actualidad no logran ser resueltos.

Por el contrario, los débiles resultados que se aprecian en los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio: 1. Erradicar la pobreza y el hambre; 2. Establecer un sistema de enseñanza primaria universal; 3. Impulsar un ambiente de equidad de género y empoderamiento/participación de las mujeres. 4. Reducir significativamente la mortalidad en la primera infancia; 5. Elevar los indicadores de la salud materna/familiar; 6. Contrarrestar los niveles de VIH/sida, las enfermedades crónico – degenerativas y el paludismo entre otras; 7. Promover el desarrollo sostenible (medio ambiente); 8. Fomentar la integración nacional, regional y global en función del desarrollo de las naciones, reflejan la escasa respuesta directa y concreta frente a los problemas sociales que aquejan los países inmersos en complejas situaciones de pobreza y exclusión. La endeble mejora de las condiciones de vida de distintos grupos sociales se suma la ampliación de la brecha de desigualdades económicas y sociales, a su vez, la incapacidad por dar soluciones radicales a los complejos problemas sociales por parte de los ODM, sirve como muestra para reafirmar la perspectiva de que dichas propuestas, reflejan el panorama de la colonialidad del poder a través de las instituciones propias del patrón de dominación capitalista. La retórica neoliberal no cumplió con el propósito de construir un mundo más justo.

Una forma de reconocer la naturaleza de los ODM tiene que ver con su carga valorativa propia del enfoque economicista, dado que la agenda se encuentra determinada bajo el esquema de la oferta/demanda y las leyes de capacidad y consumo, lo que representa un sofisma inmerso de la declaración al no tener la capacidad para solventar las problemáticas de la sociedad moderna y las mismas exigencias del sistema capitalista.

La visión de buscar un desarrollo sin afectar el crecimiento económico de los estados, respondía a un contexto de lograr un bienestar generalizado en función de ir superando el ambiente de pobreza y desigualdad generado por la dinámica excluyente del capital, dicha situación se convirtió en un tema de discusión para los Organismos Internacionales que promovieron la creación de los ODM. El asunto de impulsar esta serie de iniciativas responde a un contexto de apelar por una dimensión de desarrollo “humano” que pudiera hacer eco a los problemas sociales que coexisten entre el desbordamiento de los gobiernos y las democracias latinoamericanas cada vez más sometidas a la dimensión de privatización de los espacios públicos y al capital transnacional.

De este modo, se buscó reconocer nuevas formas de intervención destinadas a erradicar la pobreza que fueran más allá de la figura del patrón de crecimiento económico, aquí la idea de pretender el desarrollo de las capacidades de las personas sería la ruta ideal para lograr un bienestar generalizado en los grupos sociales de los países, aunque con el paso del tiempo sería otro escolio del desarrollismo moderno/colonial. La situación del progreso del ser humano se convirtió en un tema de carácter gubernamental, lo cual implicó el aumento de la calidad de vida, siguiendo los postulados de Amartya Sen (2000), el cual afirmó que el nivel de vida de un individuo está determinado por sus capacidades y no por los bienes que éste posee, ni por la utilidad que experimenta. Es decir, “el desarrollo humano enfatiza en las personas para asegurar progreso hacia una mejora de la calidad de vida, que incluya no solo las condiciones materiales, sino fundamentalmente las simbólicas que tienen que ver con asegurar el cumplimiento de los derechos civiles, políticos, sociales, económicos y culturales” (Mota, 2012:188).

El cuestionamiento de los problemas globales por parte de las Naciones Unidas, sería un tema de discusión permanente que en el fondo no lograría tener una respuesta concreta, dado la complejidad y la poca gestión de los gobiernos sumidos en la lógica del sistema mundo capitalista que cada vez los arremete a una crisis sistémica de existencia política. Dicha forma de concebir la relación entre el capital y el Estado sería un factor que generaría contradicciones en función de privilegiar la esfera pública o privada, la participación o representación y la disputa por el poder político cimentado en mafias (corporativas, políticas, partidistas, empresarias, académicas, entre otras), por medio de una democracia que no ha logrado ir más allá de la concepción liberal – procedimental que se encuentra en una crisis sistémica de Estado.

La importancia de la retórica de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), fue la de generar un ambiente de justicia social, paz y desarrollo humano integral, aunque con el pasar de los años sería una tarea cada vez más compleja que reflejaría la incapacidad de los gobiernos de lograr acciones concretas que hiciera un peso real a los fenómenos estructurales que afectan los grupos más desfavorecidos de sus países y la región. La propuesta de construir 8 objetivos, 18 metas y 48 indicadores, los cuales serían supervisados en un periodo quinquenal, es decir para el año 2015, demostraría una lucha concreta reduciendo los dígitos de pobreza, exclusión y vulnerabilidad intentado aumentar el desarrollo humano, lo que reflejaría una idea fallida no- logrado por parte de los gobiernos, las instituciones y algunos sectores de la sociedad civil.

Así pues, “se evidencia una esfera de la colonialidad del “desarrollo” que en el siglo XXI le ha impuesto el “Primer Mundo” a los países del “Tercer Mundo”, “subdesarrollados” o “emergen-

tes”, anunciando progreso, riqueza, empleo, bienestar y paz, es nuevamente el modelo colonial de extractivismo mega-minero y energético, que además de junto con la destrucción ambiental, invade y destruye territorios indígenas y campesinos obligando al desplazamiento de comunidades y pueblos fuera de su hábitat ancestral” (Sandoval, 2016:47).

La crítica epistémica que ha recibido esta serie de teorías sobre el desarrollo es su identidad estructuralista y poco crítica, dado que juegan bajo la estrategia de encontrar un equilibrio en función del sistema capitalista y la sociedad globalizada (neoliberal), lo que se manifiesta como un proyecto propio de la modernidad/colonialidad, el cual no llega al punto de deslindarse de la esencia colonizadora de las teorías hegemónicas sobre el desarrollo.

Parte de esta discusión de re-plantear los paradigmas sobre el desarrollado producto de la praxis emancipadora gestada en NuestraAmérica, responde a la dinámica de los estudios de(s) coloniales y el proceso horizontal de diálogos interculturales gestados entre los actores subalternos, las comunidades indígenas y los pueblos afrodescendientes en la región, que están problematizando otras expresiones más allá del velo eurocéntrico sobre la modernidad y el Estado capitalista/neoliberal y .

Los objetivos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible en América Latina y el Caribe, no dejan de ser en el mejor de los casos promesas de buenas intenciones con escasa trascendencia en la realidad. El desarrollo sostenible, ahora acompañado de “resiliencia”, o de “desarrollo para la paz”, sigue siendo una falacia ideologizada en el supuesto progreso que va a suplir todas las grandes necesidades y superar la escasez de alimentos, vivienda, agua potable, servicios básicos, educación y trabajo entre otras.

Esta promesa en nada afecta las estructuras violentas económicas y sociales del sistema capitalista que ha sido el generador de esas condiciones de explotación, precariedad laboral, miseria, exclusión, marginación y racismo para la mayoría de la población. Gran contradicción con la dinámica y la lógica del capitalismo que requiere de la explotación y super-explotación de la mano obra (calificada o no) generando pobreza, desigualdad y trabajo precario. Sistema capitalista que forja un creciente “ejército de reserva”, es decir desempleo masivo con la consecuente miseria de los trabajadores y sus familias. Capitalismo transnacional que en su recolonización de nuestraAmérica la han convertido en enclave minero-energéticos, que además del nuevo saqueo de los recursos naturales, despojan territorios, expulsan poblaciones y desintegran sociedades, generando conflictos sociales con intereses políticos y económicos que afectan negativamente la vida de los habitantes y sus procesos de relación con la naturaleza en los territorios, conflictos que son “resueltos” con represión, desaparición, asesinatos, desplazamientos forzados, la mentira y los montajes judiciales en contra de los movimientos sociales y sus líderes, impidiendo toda posibilidad de sustentabilidad ambiental con inclusión, participación y gobernanza social democrática en los territorios que favorezcan las condiciones naturales y sociales locales.

Este desarrollo impuesto que para nada es sustentable ni sostenible, es el que ofrece trabajo, empleo y crecimiento a través del monopolio de las actividades en los territorios donde explotan las materias primas, controlan el agua y generan destrucción y contaminación ambiental irreversible. Es la destrucción de ecosistemas proporcionalmente igual a la acelerada maquinaria intensiva y extensiva con toda la técnica disponible para la apresurada extracción y procesamiento de los recursos naturales.

La contradicción antagónica que se presenta en el “desarrollo sostenido/sostenible/ sustentable” con o sin “resiliencia”, es, por una parte, entre el capital y el trabajo (empresarios vs. trabajadores, campesinos e indígenas), y por otra, entre el capital y la naturaleza (empresarios

vs. territorio, agua, aire, medio ambiente). En suma, en el capitalismo colonialista neoliberal, el Desarrollo es Sostenible de palabra y depredador de hecho, en el discurso el “desarrollo sostenido/sostenible/sustentable” se presenta con conceptos como el de “modernidad”, “progreso”, “equidad”, “cuidado de la naturaleza”, “felicidad”, “resiliencia”, incluso el “buen vivir”, faltando solamente la salvación espiritual, ocultando bajo esa máscara de conceptos una real destrucción sostenida con retórica de modernidad y con todas las lógicas de la colonialidad del poder, del saber, del ser y de la naturaleza.

En el Sur Global y en particular en NuestrAmérica, el capitalismo transnacional con la ayuda de los Estados ha impuesto el modelo extractivista minero-energético que intensifica la acumulación de capital mediante el despojo con todas las formas de violencia directa, económica, social, psicológica, cultural y simbólica. Transgreden leyes y normas internacionales y nacionales para saquear los recursos naturales en áreas protegidas, destruyen ecosistemas determinantes para la vida natural, animal y humana, desvían el cauce de los ríos, contaminan el aire y las fuentes hídricas.

La mayoría de las acciones contra la naturaleza y la sociedad, son irreversibles, por lo que el discurso del desarrollo sostenible de no afectar a la naturaleza y garantizar el futuro de las nuevas generaciones, es una quimera que va en sentido contrario de los postulados y acciones del capitalismo moderno neoliberal, colonial y colonizante. Un desarrollo neoliberal que puede ser maquillado con cualquier adjetivo, pero dada su esencia capitalista de enriquecimiento exponencial vía explotación del hombre y de la naturaleza, conduce de manera irreversible a la destrucción del mundo, por lo que se torna emergente la construcción de otros mundos con justicia social, justicia para la naturaleza, libertad, democracia verdadera y descolonización del pensar, del ser, del saber y del poder.

El desarrollo que en tiempos del slogan de lo sostenido/sostenible/sustentable impulsado en NuestrAmérica, está centrado en la explotación minero energética, tal como aconteció en la época colonial, con una dependencia económica que gira en torno al petróleo, el carbón, la plata, el oro, los bosques y el agua. Bienes de la naturaleza que son explotados con toda la violencia necesaria para ser adquiridos por el capital y que se conjuga con las violencias ejercidas contra la población asentada en las regiones donde se localizan los recursos. Este desarrollo en el siglo XXI, se concreta con la nueva acumulación de capital por desposesión afectando el planeta por las consecuencias ecológicas, los impactos ambientales, la vida de los animales, la salud y la vida de los humanos. Es un desarrollo que se nombra sustentable/sostenible con violación múltiple de los derechos humanos y los derechos de la naturaleza, cuyas manifestaciones más elocuentes de violencia directa es la militarización de las regiones de despojo, el desplazamiento forzado de la población, la represión, el encarcelamiento de la resistencia, la desaparición y asesinato de líderes.

En las condiciones anotadas, los objetivos de la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible en NuestrAmérica, se reducen a la administración de las buenas intenciones del capitalismo, pues los grandes problemas mundiales como el hambre, la desigualdad, la pobreza, el desastre ambiental, la explotación irracional de los trabajadores, las condiciones de vida y de trabajo precarias, las violencias contra las mujeres, los jóvenes, los niños, las minorías intersexuales, el monopolio de la tierra y de los bienes nacionales, la corrupción, la impunidad, el racismo, los desplazamientos forzados, los refugiados, las migraciones, la indiofobia y el desempleo entre muchos otros problemas, son generados por las estructuras sistémicas violentas del desarrollo del capitalismo, por lo que este sistema podrá solamente recrear ciertos dispositivos para apañar algunos de los problemas mundiales sin llegar a resolverlos.

Hemos sostenido que el actual desarrollo capitalista sostenido/sostenible/sustentable impuesto en NuestrAmérica, cuya característica es la de ser países capitalistas periféricos subordinados a las estructuras y sistemas del capitalismo de los países centrales, lleva implícito en sí mismo contradicciones antagónicas, es decir irresolubles, pues el mega extractivismo minero-energético no puede ser ni sostenible ni sustentable cuando el saqueo de los recursos naturales en los territorios indígenas y campesinos se realiza con procesos de extracción intensiva sin importar el agotamiento de los recursos naturales o minerales, despoja territorios, desplaza poblaciones, sustrae irracionalmente los bienes comunes de la naturaleza como la tierra, los minerales, metales y el agua, recursos forestales, flora, fauna, y biopiratería, siendo convertidos en mercancías privatizadas cuya acumulación de la ganancia se realiza fuera de la región de extracción, el desastre ambiental es otra de las grandes consecuencias, y la desintegración de comunidades, culturas e identidades constituyen verdaderos genocidios a nombre del desarrollo. En palabras de Shiva “El desastre ecológico y la desigualdad social están intrínsecamente relacionados con el paradigma de desarrollo dominante que sitúa al hombre contra la naturaleza y la mujer y por encima de ellas” (1998, pág. 89)

En el aspecto de la propiedad, el sistema capitalista tiene como principio religioso la propiedad privada, sin embargo, en el desarrollo por despojo y desplazamiento, la propiedad privada individual y la posesión colectiva de la tierra no es respetada, es destruida y se impone la propiedad privada capitalista del progreso y el desarrollo, modificando la estructura social agraria. Aquí queda revelado el carácter incompatible de la pequeña producción individual, familiar o comunal de autogestión y autoconsumo, con los intereses monopólicos del capitalismo, queda al descubierto los intereses diametralmente opuestos del desarrollo capitalista/colonial moderno neoliberal con la sustentabilidad para la vida de las comunidades indígenas y campesinas.

Otra gran contradicción entre el sistema dominante capitalista y el desarrollo sostenido/sostenible/sustentable, radica en que el capitalismo requiere de manera constante intensificar sus niveles de producción de bienes y servicios para que exista más consumo, vender más y ganar más. En esta otra lógica del capital, se incrementa el consumo de recursos naturales con las consecuencias del deterioro ecológico y el agotamiento de recursos naturales. De acuerdo al Fondo Mundial para el Ambiente (WWF, siglas en inglés) en este momento vivimos como si tuviésemos 1,7 planetas Tierra a nuestra disposición, a esta relación de producción y consumo, donde el consumo es más rápido que la regeneración de recursos utilizados, los teóricos del “Decrecimiento” la denominan agotamiento del planeta y sostienen que:

El precio de este déficit ecológico es cada vez más evidente: tiene forma de sequías prolongadas, de deforestación, de erosión del suelo, de pérdida de biodiversidad, de agotamiento de las pesquerías, de contaminación de los océanos y, especialmente, de cambio climático...

Vale la pena anotar que para los teóricos de esta corriente crítica que promueven una nueva relación de equilibrio entre los seres humanos y la naturaleza, “decrecimiento” no es “desarrollo sostenible”:

No debe relacionarse la teoría del decrecimiento con el concepto de desarrollo sostenible puesto que, dadas las limitaciones de los recursos de la Tierra, sería insostenible que todas las naciones del mundo trataran de alcanzar el nivel de consumo occidental. Se calcula que actualmente el 20 por ciento de la población del planeta acapara el 85 por ciento de los recursos naturales.

Los decrecientistas, por lo tanto, parten de la convicción de que no se trata de incrementar –hasta homogeneizar– el nivel de consumo de los distintos países, sino de aplicar criterios de frugalidad y reducción de la producción y el procesamiento de los recursos.

(<http://www.decrecimiento.info/2018/12/la-teoria-del-decrecimiento-que-es-y.html>).

Aprovechamos para comentar que otra de las grandes contradicciones del capitalismo y sus desarrollos, se manifiesta en la exponencial producción de bienes materiales, artículos de primera necesidad, mercancías varias, artículos suntuosos, todo lo cual cierra el círculo con el consumo, tanto para atender necesidades básicas como para el consumo superfluo, ostentoso, entrando en contradicción dicha cultura consumista con la realidad socio-económica deprimida de la mayoría de la población del mundo. Sistema capitalista que promueve la cultura de la abundancia y crea pasiones y deseos superfluos con un estilo de vida exuberante que deteriora la naturaleza y deshumaniza al potencializar la economía y el poder político.

En este referido, la institucionalidad y sus fieles reproductores y publicistas del desarrollo se constituyen en lo que Foucault (2000) llamó oportunamente los “operadores de dominación” en las relaciones de saber-poder de sometimiento concreto en el pensar, el ser y el hacer, con un discurso desde el poder que fascina, que se convierte obligatorio por medio del cual el poder somete, controla y garantiza el orden del poder.

En contrasentido al desarrollo colonial/capitalista impuesto, las culturas indígenas, afrodescendientes, campesinas y populares en NuestraAmérica, construyen modelos de vida que denominamos de manera genérica “desarrollos otros” consistentes en la sustentabilidad para la vida de la naturaleza y la sociedad, políticas de resistencia y construcción de autonomías colectivas de “etnodesarrollo”, “autogestionarias”, basada en sus necesidades, potencialidades y autodeterminación con praxis cuestionadoras de la modernidad genocida del sistema capitalista.

Algunas conclusiones

La visión tradicional y predominante de los estudios del desarrollo y su enseñanza, se encuentra asociada a la perspectiva de las ciencias sociales estandarizadas con predominio del positivismo, lineal, monolítico y moderno de concebir el progreso como sinónimo de crecimiento económico, movilidad y avance social, tal como ha sido teorizado en las discusiones propias del desarrollo local, endógeno, sustentable, sostenible entre otros, dichos enfoques corresponden a un patrón de dominación colonialista propia del sistema capitalista y la sociedad neoliberalizada que extermina la sociedad y la naturaleza. Los desarrollos impuestos por el capitalismo internacional en el pasado y presente en NuestrAmérica, así como su corpus categorial, provienen de conocimientos científicos y de políticas europeas y estadounidenses y no de nuestras condiciones histórico-sociales ni de nuestro horizonte como países periféricos del capitalismo central.

El paradigma del desarrollo, que tiene que ver no solo con lo económico sino también con la política, la cultura, la sociedad, la dominación, el consumismo, el extractivismo, el saqueo y la continuidad del sistema de explotación capitalista moderno/colonial, lo constituyen los países altamente industrializados de Europa y Norte América con crecimiento económico, fortalecimiento del sistema capitalista y consolidación de la clase social que detentan el capital.

Desde 1940 diversos organismos internacionales han delineado e impuesto políticas económicas supuestamente para “desarrollar” a los países “subdesarrollados”. En las décadas venideras desde la segunda guerra mundial el sistema capitalista ha presentado varias y profundas crisis económicas, las cuales también han sido producto y reflejo de las políticas de desarrollo. El concepto de “desarrollo” también ha atravesado por severas críticas y replanteamientos hasta llegar a nuestros días con una perspectiva neoliberal con énfasis en el mercado libre global con la apertura a las transnacionales y un Estado que deja los vaivenes del “desarrollo” en todas

sus dimensiones al mercado.

Sin excepción todas las políticas y teorías del “desarrollo” en diferentes tiempos, espacios y geografías, han pronosticado de manera explícita o implícita, que el desarrollo social depende de las tasas de crecimiento económico, es decir que se requieren grandes incrementos económicos para que una parte de ello beneficie a la población en pobreza. Ha sido y es toda una concepción del “desarrollo” donde todas las demás dimensiones y aspectos concurrentes y relacionales están devorados por el determinismo de la economía.

En la economía capitalista los conceptos que la determinan son la propiedad privada, la ganancia, el valor capitalista, la producción de mercancías, la plusvalía, explotación de fuerza de trabajo, explotación de recursos naturales, compra-venta, alta tecnificación, competencia, individualidad y acumulación de capital. Es con estos determinantes que el desarrollo, con cualquiera de sus adjetivos, se desenvuelve en el sistema capitalista neoliberal. El objetivo siempre será la acumulación de capital y para ello el desarrollo tiene como horizonte producir más cantidad y mejor calidad en el menor tiempo posible para que el mercado venda y los consumidores incrementen su consumo; en este circuito del capital, los trabajadores y la naturaleza, objeto del biopoder, son un medio más de producción, al igual que la técnica y las herramientas, son medios para el desarrollo.

El desarrollo en cualquiera de sus expresiones, sirve para determinar la categoría en que un país se encuentra con relación al “desarrollo” o “subdesarrollo”, ello se mide de manera preferencial con el Producto Interno Bruto (PIB) y el Producto Interno Bruto per cápita (PIBP), sin que en ese desarrollo tenga importancia las condiciones de vida de la población, la educación, la salud, la democracia, los derechos humanos, la pobreza, la desigualdad, la justicia, la discriminación, el medio ambiente, la responsabilidad colectiva, el bienestar general y la cohesión social, lo que importa es el “desarrollo” para fortalecer capitales, mercados financieros, la productividad de las empresas y los resultados macroeconómicos de un país.

Los conflictos socioambientales denotan las contradicciones y las disputas por la tierra y el territorio en todos sus componentes de vida material e inmaterial: poblaciones, minerales, aguas, flora, fauna, aire, luz, vegetales, que un grupo o unos grupos defienden con diversos tipos de resistencias, contra otro u otros grupos sociales o de poder político, económico o empresas extractivas que pretender apropiarse, explotar, destruir, transformar, saquear y extraer para beneficio del gran capital, con la retórica del desarrollo (sostenido/sostenible/sustentable) generando impactos negativos en el medio ambiente y en el modo de vida de la población local. Estos conflictos de contradicciones antagónicas, en sus procesos de desenlace pueden llegar a convertirse en conflictos violentos.

Teniendo en cuenta la heterogeneidad de los países, sus desequilibrios regionales al interior, la disparidad en las prioridades y necesidades del desarrollo territorial, la multiplicidad de culturas que en esos territorios existen, la historia particular de cada región, los recursos naturales disponibles, los sistemas productivos, la organización social, centralización y descentralización administrativa, los niveles de autonomía y muchas otras variables específicas de cada territorio, es imprescindible pensar que el “desarrollo” trasciende agendas internacionales y nacionales de centralización y de modelos que pretender ser aplicados a contextos tan disímiles como los de las regiones en México y en NuestrAmérica.

Frente a la política y acción depredadora de la naturaleza y de la sociedad por parte de los desarrollos capitalistas impuestos con violencias a la población y a la naturaleza, se acrecientan epistemologías y luchas contrahegemónicas al sistema-mundo moderno colonial con construcciones imaginarias y reales de sustentabilidades otras para la vida de la naturaleza y la

sociedad.

Bibliografía citada

ALONSO, J. (2010). “Un sujeto a la zaga de sujetos de movimientos: pistas de indagaciones para la construcción de una teoría crítica”. **Utopía y Praxis Latinoamericana**, 15(49), 35-52.

ESCOBAR, A. (2014). **Sentí pensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia**. Medellín: Ediciones Unaula.

ESTEVA, G. (2006). “Más allá del desarrollo: la buena vida”. **Programa Andino de Derechos Humanos**, PADH, 325-329.

ESTEVA, G. (2018). “Más allá de la tormenta”. **Revista CoPaLa**, 3 (6), 7-27.

GONZALES, P & Saxe-Fernández, J. (1996). **El mundo actual: situación y alternativas**. México: Siglo XXI editores.

HABERMAS. (1998). **Ciencia y técnica como “ideología”**. Madrid: Tecnos.

LEFF, E. (1986) **Ecología y Capital - Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable**. México: Siglo XXI.

LÖWY, M. (2009). “Ecosocialismo: hacia una nueva civilización”. **Revista Herramienta**, 42, 55-61.

MÁRQUEZ, F. Á. & Díaz, Z. (2018). “Emancipatory role of intercultural political espiteme in Latin America”. **Encuentros: Revista de Ciencias Humanas, Teoría Social y Pensamiento Crítico**, 7, 11-40.

MARX, K. (1867). **El Capital I**. México: FCE, 2008

MIGNOLO, W. (2001). “**La colonialidad: la cara oculta de la modernidad**”. Recuperado de: http://www.macba.es/PDFs/walter_mignolo_modernologies_cas.pdf

MOTA, L. (2012). “**Los objetivos del milenio en la lucha contra la pobreza y exclusión social en América Latina**”. *Ra Ximhai*, 8(2.), 187-211.

QUIJANO, A. (2000). “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina”. **En E. Lander, La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales** (págs. 201-245). Caracas: UNESCO-CLACSO

QUIJANO, A. (2007). “Colonialidad del poder y clasificación social”. **En Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.). El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global** (93-126). Bogotá: Iesco-Pensar-Siglo del Hombre Editores.

REGALADO, J. (2017). **Pensamiento crítico, cosmovisiones y epistemologías otras, para enfrentar la guerra capitalista y construir autonomía.** México: Cátedra Interinstitucional- Universidad de Guadalajara-CIESAS-Jorge Alonso

RIST, G. (1966). **El desarrollo: historia de una creencia occidental.** Ediciones Catarata.

ROSTOW, W. (1990). **The stages of economic growth. A non-communist manifesto.** Third edition. United States of America: University of Cambridge Press.

SANDOVAL, E. (2016). **Educación para la paz integral-Memoria, interculturalidad y decolonialidad.** Bogotá: ARFO Editores e Impresores LTDA.

SEN, A. (2000). **Desarrollo y Libertad,** México: Planeta

SEN, A. (1998). “**Las teorías del desarrollo a principios del siglo XXI**”. Cuadernos de economía, Santafé de Bogotá, 17(29), 73-100.

SHIVA V. (1988). “**Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia**”. España: Cuadernos inacabados No. 18, Horas y HORAS.

WALLERSTEIN, I. (1987), **El moderno sistema mundial,** México, Siglo XXI.